

La Crucifixión

Todos los Evangelios narran la crucifixión y coinciden en presentarla como el cumplimiento del plan de salvación para la humanidad trazado por Dios.

Muchos textos del Antiguo Testamento, redactados siglos antes del Nacimiento de Jesús, describen lo que le sucedió en Su Pasión, y hay quienes se preguntan si los evangelistas compusieron sus Evangelios para que pareciera que se cumplía la Sagrada Escritura. La respuesta es que sucedió al revés. La Iglesia fue descubriendo cómo en Jesús se cumplía todo lo anunciado desde antiguo. Así se los enseñó el propio Jesús a Sus discípulos (ver Lc 24, 27).

Hemos de tener siempre presente que Dios que está por encima del tiempo y del espacio y conoce el futuro, fue quien inspiró a los autores sagrados que la escribieron. Así que el cumplimiento de lo anunciado desde antiguo no es «coincidencia» y ningún autor bíblico truqueó su escrito para hacerlo «coincidir» con las profecías. Simplemente registraron cómo fue que se cumplieron.

REVISIÓN DESGLOSADA DE Lc 23, 33-34;

23, 33 LLEGADOS AL LUGAR LLAMADO CALVARIO,

Calvario

Significa «calavera». Algunos comentaristas bíblicos dicen que este nombre se debía a que era un montículo que tenía forma de calavera, otros mencionan una antigua tradición según la cual ahí estaba enterrada la calavera de Adán.

«En un esfuerzo por erradicar de la memoria lo sucedido en el Calvario, el emperador Adriano mandó construir, en el año 135, un templo pagano. Logró lo opuesto a lo que buscaba: ese templo ayudó a localizar el lugar exacto donde fue crucificado Cristo. Tiempo después el emperador Constantino mandaría construir la Iglesia del Santo Sepulcro, en el año 335, marcando así ambos sitios.» (Gadenz, p. 380).

LE CRUCIFICARON ALLÍ A ÉL Y A LOS MALHECHORES, UNO A LA DERECHA Y OTRO A LA IZQUIERDA.

le crucificaron

Por fin los líderes judíos tenían a Jesús donde lo querían, y esperaban que con la muerte infame, en la cruz, se dispersaran quienes lo seguían y quedara en el olvido lo que les enseñó.

La crucifixión era el tormento más humillante, doloroso y cruel que podía habersele ocurrido a una mente perversa y deseosa de acabar con saña con sus enemigos. Estaba pensada no sólo para que el condenado tuviera una muerte vergonzosa (ser crucificado o ahorcado era considerado una maldición de Dios, ver Dt 21, 23), sino para que fuera tan terrible que si el crucificado tenía seguidores, a éstos les horrorizara su muerte y, temiendo que les sucediera lo mismo, lo abandonaran y se desbandaran.

Consistía en lo siguiente:

Al condenado se le despojaba de su ropa. Cuando había sido flagelado, como fue el caso de Jesús, ya se habían formado costras y éstas se habían adherido a la tela, así que quitársela violentamente provocaba que todas las heridas se abrieran. Era como ser flagelado de nuevo, en cada herida, simultáneamente.

Lo dejaban sin ropa para humillarlo y avergonzarlo ante la multitud.

Lo hacían tenderse en el suelo, boca arriba, sobre el madero que había venido cargando, atravesado, sobre sus hombros. Le abrían los brazos y se los extendían hasta descoyuntárselos. Y con unos clavos grandes, de fiero, le clavaban las muñecas en el madero. No le ponían el clavo en el centro de las manos, como

suele aparecer representado, porque el peso del cuerpo desgarraría la mano. Lo ponían en las muñecas porque los huesos del carpo y el ligamento anular mantenían el clavo en su lugar.

El clavo en la muñeca provocaba que se contrajera el dedo pulgar. La Sábana Santa muestra que Jesús tenía ambos pulgares doblados sobre la palma de la mano.

Cabe mencionar que el nervio que el clavo penetraba provocaba un dolor agudísimo, uno de los más terribles que se puede experimentar. En el caso de Jesús, la Sábana muestra que en Su muñeca derecha el clavo no penetró al primer martillazo, sino que varias veces lo sacaron y volvieron a clavar. Debio ser dolorosísimo. En inglés llaman al dolor más terrible: *excruciating* en referencia a este dolor de ser crucificado.

Con el cuerpo del condenado, colgando del madero transversal al que estaba clavado, lo levantaban con cuerdas y lo sujetaban al madero vertical, que ya estaba de pie. Al ir subiendo, las heridas en la espalda y el dorso de brazos y piernas tallaban contra el madero rugoso, provocando en el condenado un dolor espantoso. Una vez que alcanzaba la altura que consideraban adecuada, le clavaban los pies con un solo clavo. En el caso de Jesús, el pie izquierdo sobre el derecho.

Algunas cruces tenían una especie de asiento, llamado *sedile*. Eso provocaba que el condenado durara más tiempo vivo, prologándose su tormento. La cruz de Jesús no lo tenía, ni tampoco ese apoyo en los pies con que algunos artistas lo representan.

Al ser crucificado, el condenado comenzaba a asfixiarse. Para jalar aire debía intentar levantar su cuerpo, apoyándose en el clavo que tenía en los pies, y echar la cabeza hacia atrás, que en el caso de Jesús provocaba que se clavara aún más las espinas de la corona -mejor dicho del casco de espinas- que tenía en toda la cabeza. La Sábana Muestra cómo las heridas fueron más profundas y sangraron más en la zona de la nuca.

El crucificado quedaba expuesto a los elementos: sol abrasador, lluvia, granizo o nieve. Y a la voracidad de aves de rapiña que sobrevolaban en círculos esperando su oportunidad de darse un festín. Además nubes de mosquitos no le daban tregua. Y seguía desangrándose, lo que le provocaba una sed desesperante. De todo lo que padeció, sólo sobre esto dijo Jesús: *ōtengo sedō* (Jn 19, 28). Fue la única vez en que expresó lo que estaba sintiendo.

No todos los crucificados morían de inmediato. Dependía del estado en que se encontraban al ser crucificados, si los habían colgado amarrándolos o clavándolos y si tenían esa especie de asientito en su cruz. Jesús fue clavado, y además ya venía débil, por haber pasado la noche en vela sufriendo ultrajes, por no haber comido o bebido nada desde la cena, y por haber recibido la salvaje flagelación y la corona de espinas, que le hicieron perder mucha sangre.

En la pag web de la Sabana Santa hay estudios de expertos médicos forenses que revelan y analizan lo que padeció Jesús en la cruz. Conviene conocerlos. El enlace es: www.sabanasanta.org

La crucifixión era una muerte infame, reservada a los peores pecadores. Jesús no merecía morir así. Si lo acusaban de blasfemo, le correspondía morir apedreado. Hasta eso le negaron: la muerte digna de los profetas.

le crucificaron allí

Un comentarista bíblico hace notar que el término que empleó san Lucas y que se tradujo como *ōallïō*, sólo aparece en otro lugar en la Biblia: en el libro del Génesis, en el que se narra cuando Abraham subió a un monte, construyó un altar *ōallïō* y ató a su hijo Isaac para sacrificarlo. *ōEste acontecimiento sucedió en el mismo sitio (el monte Moria) y en la misma época del año (la Pascua) que la crucifixión de Jesús.*

Ya san Lucas había preparado a sus lectores al narrar que el Padre llamó a Jesús *“Su Hijo amado”* (Lc 3, 22; 20, 13). Esta alusión tiene como objetivo para que quedara claro que la muerte de Jesús fue un sacrificio...

Como resultado, la bendición prometida a Abraham en la historia del sacrificio de Isaac, viene a través de Jesús. Pedro lo relacionaría en uno de sus discursos (ver Hch 3,25-26; Gen 22, 18). Así pues, la muerte de Jesús tiene un significado salvífico. (Gadenz, p. 380).

También cabe mencionar que según san Ambrosio, la cruz estaba situada sobre la tumba de Adán. Y considera muy adecuado que allí donde ocurrió el principio de nuestra muerte, surjan los primeros frutos de nuestra vida (ver san Ambrosio, sobre el Evangelio de Lucas, 10,114).

y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda.

Se cumplió lo anunciado en Is 53, 12 y en Lc 22, 37;

“Cuando estaba en la cruz, dos ladrones estaban con Él. Era una burla según el plan de los judíos, pero era también el cumplimiento de una profecía. Estaba escrito: *“Será contado con los malhechores”* (Is 53, 12). Por salvarnos asumió ser tenido por maldito, porque está escrito: *“maldito el que cuelga de un madero”* (Dt 21, 23). Con ello eliminó la maldición que pesaba sobre nosotros. Somos bendecidos con Él y a causa de Él...Pagó nuestras deudas, asumió nuestros pecados, fue azotado en lugar de nosotros, como está escrito (ver Is 53, 6). Tomó sobre Sí nuestros pecados (ver 1Pe 2, 24), es verdad que Sus llagas nos sanaron (ver Is 53, 5), libró nuestra alma del mal. (san Cirilo de Alejandría, comentario sobre Lucas, homilía 153).

REFLEXIONA:

Jesús llegaba al final de su vida al lado de aquellos a quienes vino a salvar: los pecadores, los marginados, los despreciados, los descartados de Su tiempo, los más necesitados de redención.

23, 34 JESÚS DECÍA: “PADRE, PERDÓNANLES, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN.”

Sólo san Lucas registró en su Evangelio estas palabras de Jesús, una frase que forma parte de las llamadas *“7 palabras”* que Jesús pronunció desde la cruz.

Jesús decía:

Cabe hacer notar que no dice: *“Jesús dijo”*, sino *“decía”*. Este verbo parece indicar que no fue una sola vez, sino que continuamente perdonó a quienes lo ultrajaban.

REFLEXIONA:

Habla mucho de alguien cómo reacciona ante situaciones límite que ponen a prueba su paciencia. Sale la auténtica personalidad de la persona. En el caso de Jesús, vemos que se mantuvo amando. No pensaba en Sí mismo, sino obtener el perdón para quienes lo crucificaban.

Padre

Jesús siempre dirigía Su oración a Su Padre amoroso. Aún ahora en esta situación, sabe que Su Padre está con Él, que no lo ha abandonado.

“La fuerza de Jesús es Su oración. Dos veces se dirigió a Su Padre Dios.” (BdN p. 9592).

perdónales

“Que Cristo desde la cruz se olvidara de Sí mismo y comenzara preocupándose por Sus enemigos, debió resultar tan sorprendente para los primeros cristianos que esta frase fue mutilada en algunas de las primeras copias del Evangelio. Hoy nadie duda de la autenticidad de este pasaje.” (Martín Descalzo, p. 1125).

Vemos a Jesús en la cruz, como mediador entre Dios y los hombres, pidiendo que Su Padre los perdone. Fiel a Sus enseñanzas, vivió con perfecta coherencia lo que predicó. Ver Lc 6, 27-37; 1Pe 2,21;

õEllos le gritaron a Pilato: ¡Crucifícale!ø pero Él clamó a Su Padre: ¡Perdónales!ø Colgando de los crueles clavos no perdió Su gentileza. Pedía perdón para aquellos de quienes recibía el trato más cruel.õ (san Agustín, sermón 382, 2).

õMientras lo mataban, este Médico estaba curando a los enfermos con Su Sangre. Dijo: ¡Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.ø Más tarde, miles de esas personas creyeron en el que habían asesinado, aprendieron a sufrir de Aquel que sufrió por ellos y a manos de ellos.õ (san Agustín, sermón 302.3).

õJesús no da personalmente Su perdón, sino que se lo pide al Padre. Debe quedar claro que Su perdón lleva al perdón del Padre. La cruz es el esplendor del perdón del Padre. En la cruz Jesús es la imagen del amor de Dios al hombre.õ (Maggioni pp. 278-279)

õLos tormentos y la injusticia no pueden retraer a Jesús del amor. En Su derrota sale victorioso. Lo que enseñó, lo vive...Se mantiene fiel a Su Palabra, aun en las horas tenebrosas. Trató de hacer reaccionar a Judas en el momento mismo en que lo entregó; sanó la oreja del criado herido; miró a Pedro misericordiosamente cuando éste lo negaba. Ahora ora por sus enemigos mientras lo crucifican. El Crucificado es la ilustración de la predicación de Jesús, modelo de vida cristiana (ver 1Pe 2,21).õ (Stöger II p. 292).

REFLEXIONA:

Seguramente los crucificados solían lanzar palabras de maldición, que expresaran su rabia y desesperación. Jesús no. Él sólo tuvo palabras de perdón.

Cabe hacer notar algo: escuché a un comentarista bíblico decir que sólo se debe perdonar a quien pide perdón. Que es lo que Jesús le dijo a Pedro que si un hermano venía a pedirle siete veces perdón, siete veces debía perdonarlo (ver Mt 18, 22). Pero aquí, en la última hora de Su vida, Jesús dejó una enseñanza fundamental sobre el perdón: perdonó a Sus enemigos, aunque ninguno se disculpó, ninguno le pidió perdón. Él nos llama a perdonar aunque no nos pidan perdón, aunque quien nos ofende no merezca nuestro perdón. Hemos de perdonarlo porque Jesús nos perdonó y nos pide que perdonemos.

REFLEXIONA:

Nada hace que uno se centre tanto en uno mismo como el sufrimiento. El más mínimo dolor, la más mínima incomodidad nos hace conscientes de nosotros mismos y nos hace preocuparnos por nuestro bienestar y plantearnos muchas preguntas (¿por qué tengo esta molestia?, ¿por qué me duele allí?, ¿se irá a quitar?, ¿se irá a empeorar?, ¿tendré que ir a checarme?, ¿y si me dicen que es grave?, ¿de esto me iré a morir?).

Jesús, por el contrario, nunca cedió a la tentación del egocentrismo (lo que algún filósofo llama el «egodrama»). Vivía volcado hacia los demás. El Suyo era amor puro, verdadero, desinteresado, entrega total. Y al momento de la cruz, a pesar de que estaba sufriendo los dolores más espantosos que puede padecer un ser humano, no estaba absorto en Sí mismo y en Su insoportable situación, sino que estaba, como siempre, preocupado por otros.

Jesús en la cruz nos dejó el modelo a seguir en todo sufrimiento.

Ante el dolor, ante la dificultad, hay que reaccionar como Él: no encerrarnos en nosotros mismos, concentrados en nuestras preocupaciones y pesares, sino aprovechar para interceder por los demás.

Poner nuestro sufrimiento en manos del Padre, uniéndolo al sufrimiento de Jesús, para convertirlo así en fuente de dones para nuestros hermanos.

Cuando a un católico que padece algún dolor, sea físico o de otro tipo, le aconsejan: «fréceselo a Dios» no es porque Dios sea una de esas deidades de los pueblos primitivos, ávidas de sangre y sacrificios. No. El

sentido de ofrecerle el sufrimiento es asegurar que éste no sea fuente de amargura, depresión, enojo, desesperación y rebeldía contra Dios, sino que sea fructífero y sus frutos beneficien a quien sufre y a otras personas.

Se trata de que las situaciones dolorosas y difíciles que vivimos no se nos conviertan en piedras en el camino que nos hagan tropezar, sino en escalones que nos permitan elevarnos para verlo todo desde otra perspectiva, desde el amor de Dios, y nos ayuden a crecer en compasión, comprensión, humildad, solidaridad y a cumplir lo que Jesús nos mandó: amarnos unos a otros.

Es una gran muestra de amor ofrecer el propio dolor y sufrimiento. Sea que se le ofrezca a Dios por amor a Él, o que se ofrezca por otras personas (por ejemplo por su conversión), o por uno mismo, en reparación de sus propios pecados.

Una de las obras espirituales de misericordia que nos propone la Iglesia es orar por otros. Cuánto más valor tiene esa oración si va acompañada de sufrimiento ofrecido por amor.

REFLEXIONA:

El sufrimiento madura únicamente a quienes lo aceptan, a los que colaboran con su acción, a los que participan con lucidez, inteligencia y corazón. No se madura por palpar el sufrimiento, sino porque se ha sabido sufrir de una determinada manera, que en último término, es la manera del amor.

No basta haber conocido el dolor. Hay que ver qué cara hemos puesto al dolor. Cómo lo hemos recibido.

Si se acepta y se ofrece el dolor, se convierte en holocausto, en acto de amor. Si no, se le empalma con las propias tendencias egoístas y se le convierte en tormento para sí y para los demás.

¿Cómo es tu cruz? ¿Es una cruz soportada o abrazada? (Prinzato eadD, pp. 76-78).

porque no saben lo que hacen

Tal vez alguien al escuchar esta frase se pregunte por qué Jesús la dijo si en realidad los judíos que lo entregaron a Pilato sabían lo que hacían: mandarlo matar.

Pero no se refiere a la condena inmediata. Posiblemente se refiere a que no sabían que era el Hijo de Dios, lo ignoraron (en el sentido de no hacer caso y de no saber).

Esto lo mencionó san Pedro en uno de sus primeros discursos (ver Hch 3, 17; 1Cor 2, 8).

Viene a la mente este texto del Evangelio según san Juan:

«Dios no ha enviado a Su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él.» (J 3, 17).

«No saben lo que hacen. Con esto no niega la culpa. Si no hubiese culpa, habría estado de más la intercesión de Jesús. El proceso ha demostrado que Sus adversarios no han escatimado mentiras ni odios, obstinación y presión para lograr su propósito. Pero ¿tienen plena conciencia de lo que significa Su suplicio? Están crucificando a Cristo, al Hijo de Dios, al Hijo del hombre.» (Stöger II p. 293).

«Jesús no sólo perdona, además excusa. No muere amenazando, sino perdonando y disculpando. El perdón no es solamente para los romanos, sino también para los judíos y para todos.

En el Evangelio según san Lucas toda la Pasión está impregnada de misericordia.» (Maggioni p. 278).

REFLEXIONA:

Para poder pronunciar esa frase de perdón fue que Jesús no quiso revelar Quien era, no quiso que ante esa revelación a la gente no le quedara otra que creer en Él, y si no, sería condenada. Quiso dar una salida, poder justificar que quienes lo condenaron y quienes lo crucificaban, no sabían Quién era Él, y por lo tanto no sabían lo que hacían.

REFLEXIONA:

Ésta es siempre una razón para perdonar: considerar que quien lastima, ofende, hiere, no sabe lo que hace, porque va a contrapelo de la vocación a amar que Dios le dio, y así no puede ser feliz.

Este ñno saberø también puede referirse a que ignora las graves repercusiones, las consecuencias que tendrá el mal que ha hecho, en su propio perjuicio y en el de otros, incluso en otros a los que no querría perjudicar. Si lo supiera, no lo haría.

REFLEXIONA:

õJesús, que conoce hasta el fondo la naturaleza humana, pues como Dios es obra Suya y como Hombre la comparte, sabe mejor que nadie hasta qué punto el hombre se ciega a sí mismo y se vuelve ignorante de cuanto lo molesta; culpablemente ignorante, pero ignorante al fin...

Siempre, a fin de cuentas, el que peca está ciego o se ciega.

Esta ceguera es la mayor de las tragedias humanas. El hombre no sabe lo que hace, ni para el bien ni para el mal. No sabe, no sospecha siquiera la importancia que tiene para Dios su pobre y pequeño amor. Como el hombre no ama, no sabe hasta qué punto es amado; no sospecha hasta qué hondura llega cuando niega ese amor y hasta dónde se eleva cuando se entrega...

No logra descubrir que optar por el bien infinito o por el mal infinito es una opción infinita. El hombre no logra sospechar que es mucho más grande de lo que imagina...

Por eso ahora Jesús se precipita a pedir perdón para el hombre. Durante Su vida más de una vez había mostrado Su tristeza ante esa ceguera de Sus enemigos..Pero ahora ya no contempla sus ofensas, mira más allá de ellos, divisa su destino eterno. Es por ese destino por lo que está clavado en la cruz. Y no tiene otras palabras que las de perdón.õ (Martín Descalzo pp. 1127-1128).

SE REPARTIERON SUS VESTIDOS, ECHANDO A SUERTES.

Los que crucificaban a un condenado tenían el ñderechoø de quedarse con su ropa, y solían rifarla entre ellos. Se cumplió así lo anunciado en el Sal 22, 19;

Una humillación más para el crucificado: morir desnudo, o casi desnudo, exhibido ante todos.

õEl plan salvífico de Dios quiso que Jesús muriera en la mayor pobreza y deshonra.

Jesús habló con frecuencia e insistentemente de la pobreza. Ahora se le quitó todo lo que poseía y Él lo dio de buena gana porque así lo quiso Dios...

Todo lo que tenía se le quitó: la libertad, la honra, las vestiduras. Todo lo entregó para hacer bien a los que lo odiaban.õ (Stöger II p. 294-295).

REFLEXIONA:

Cuando nació, no había ropa que ponerle, fue envuelto en un pañal. Ahora al morir, muere despojado de Su ropa. Será sepultado desnudo, envuelto en una sábana. ¡Nosotros en cambio nos aferramos a tantas cosas materiales que al fin y al cabo no tienen importancia y que no sólo no nos podremos llevar a la otra vida, sino que pueden impedirnos entrar en ella, que tiene la puerta estrecha...

REFLEXIONA:

Los relatos de la Pasión conmueven el corazón porque muestran la extrema maldad en la que podemos caer los seres humanos, pero también el amor infinito de Jesús por nosotros. Que ello nos mueva no a abusar de Su misericordia, sino a valorarla, agradecerla y corresponder lo mejor que podamos.

REFLEXIONA:

Relee el texto. Hazlo con Lectio Divina, método antiquísimo que propone la Iglesia para abordar la Sagrada Escritura (ñlectioø leer despacio el texto bíblico; ñmeditatioø meditarlo, reflexionarlo; ñratioø dialogar con el Señor sobre lo leído y meditado, y ñactioø aterrizarlo en algún propósito concreto).